

Pichuco



Interpretación gráfica de Aníbal Troilo
por Hermenegildo Sábat

eudeba



Hermenegildo Sábat

Artista plástico, periodista y docente, Hermenegildo Sábat tiene una sensibilidad especial para retratar a los principales personajes de la política y la cultura de nuestro país.

Nacido en Montevideo en 1933, vive en Buenos Aires desde 1966 y es uno de nuestros principales referentes culturales. Trabajó en *La Opinión y Primera Plana* y desde 1973 en el diario *Clarín*. Recibió el Premio Konex (1982) y el Premio María Moors Cabot (1988), también fue declarado “Persona Emérita de la Cultura” y “Ciudadano Ilustre de la Ciudad de Buenos Aires”, entre otras distinciones.

Amante del tango, la música ciudadana de ambas orillas, retrata con singular pasión y belleza al Bandoneón Mayor de Buenos Aires, Pichuco.

Intentar una aproximación al magnífico Aníbal Troilo es un despropósito parecido al que intentamos, en 1971, con Carlos Gardel, y aunque se insiste que la memoria no es un testigo confiable, los comentarios negativos de aquel esfuerzo serían suficientes para impedir repeticiones semejantes. Conocemos de memoria casi toda su discografía, pero no somos ni especialistas ni historiadores ni mucho menos melómanos consagrados a difundir su obra, lo que sí ha sido hecho con precisión y detalles por diversos especialistas. Nos preguntamos, una y otras veces, de qué manera devolver las bellezas injertadas en sus melodías y recitadas por su bandoneón. La solución, por monótona que parezca y carezca de ingenio, es la que está a mi modesto alcance: con imágenes gráficas. La rotunda imagen de Troilo nos motivó siempre, con suertes varias, desde ya, pero insistimos, pues la audición repetida de su música, tan espléndida, tan porteña, me obsedían. Esas evidencias motivaron, en 1995, un número de la extinta

revista *Sección Aurea*, que incluyó textos, fotografías e ilustraciones originales. La gente que frecuentó, con Troilo, una noche que solo permanece en textos de Juan Carlos Onetti, abunda en historias que refieren a su generosidad con reventados y marginales que le esperaban, para esquilmarlo, a la salida de los salones donde repartía su talento, o aquella vez que fue detenido por carecer de documentos, lo que determinó primero, que el Jefe de Policía expulsase al ignorante que lo detuvo y, segundo, que el Jefe de Policía debiese renunciar por lo mismo. Una noche de marzo de 1967, estuvimos presentes en “Relieve”, un salón de la Diagonal Saenz Peña, donde se disculpó, de manera ejemplar. Mientras toda la orquesta y la cantante Nelly Vázquez, esperaba su aparición, fresquito y rozagante, afirmó: “Es tan grande la emoción que ustedes me trasladan, que me olvidé que debía seguir trabajando”. En el centenario de su nacimiento, rendimos homenaje a su espontaneidad, pletórica de grandeza.